

Andrés Gallardo

OBITUARIO

E NARRATIVA

EDICIONES CUADERNOS SUR

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Sección

buch.

Clasificación

9A(387-40)

Cutter

Año Ed.

1980

Copia

1

Registro Seaco

19244

Registro Notis.

AAC9176

BIBLIOTECA NACIONAL



0226526

117917b

Obituario

Andrés Gallardo

19244

Ediciones Cuadernos Sur

Cuadernos Sur de Narrativa

Director Editor: Juan Pablo Riveros

Dirección Postal: Casilla 1806, Concepción, CHILE.

© Andrés Gallardo

Nº Inscripción 63.679

O B I T U A R I O

00. PROLOGO PARA LOS AMIGOS VIVOS	5
01. ULTIMAS PALABRAS, 1: La necesaria solemnidad de las últimas palabras	7
02. ULTIMAS PALABRAS, 2: La solemnidad intervenida	8
03. C. G. V.	9
04. LA HIPOTESIS	10
05. EL INMORTAL	11
06. N. N.	12
07. NI TAN SIQUIERA LA EXTREMA BREVEDAD DE LA VIDA	13
08. EL LEGADO DEL HEROE	14
09. LAS LEYES DE LA HERENCIA	15
10. QUIASMO	16
11. ENIGMA	17
12. EDIPO	18
13. TREMENDISMO, 1: El tufillo	19
14. TREMENDISMO, 2: El pronóstico	20
15. CONSTANCIA	21
16. LOGICA	22
17. LA VIDA	23
18. EL ESLABON PERDIDO	24
Ajenos cementerios	25
19. EJECUCION	27
20. LAMENTO	28
21. LAPIDA	29
22. CORONA	30

Prólogo para los amigos vivos

Uno no sabe a ciencia cierta cuándo, cómo y dónde, pero de alguna manera sabe que tarde o temprano va a figurar en un obituario y luego, quizás, en algún in memoriam desgano. Como para irse formando una idea y, dentro de lo posible, haciéndose el ánimo, en este librito se congregan dieciocho casos variados*, lamentables y sin duda ejemplares. Más vale darse por aludidos.

* Los casos 01, 02, 03, 04, 09, 10, 12 y 13 se publicaron en el número seis de la revista LAR (Concepción-Madrid, abril 1985).

Ultimas palabras, 1

La necesaria solemnidad de las últimas palabras

Múltiples desencuentros y reiteradas frustraciones le enseñaron a don Orocimbo Ripamonti Bórquez que carecía del sentido de la oportunidad. Así, para dejar una buena impresión que borrara los desatinos anteriores, don Orocimbo se pasó gran parte de su madurez preparando sus últimas palabras y estudiando la ocasión para emitirlas. Estuvo varias veces en peligro de muerte, pero se aguantó siempre, con muy buen ojo. Hasta que llegó el día en que reconoció las circunstancias con una lucidez beatífica. Pálido, hediondillo en su lecho de muerte, discreto centro de la atención final de sus familiares, esperó el momento crítico para sentenciar en forma clara y distinta 'cuán simple es lo inefable'. Eran las diez de la noche. A las once don Orocimbo seguía vivo, pero callado e inmóvil, eso sí que con una vaga inquietud en el vientre. A las doce y media no pudo más y le dijo a la enfermera 'hijita, pásame la cantora' y sólo ahí se vino a dar cuenta y pudo agregar 'ya la cagué' y doble, aunque esto último no alcanzó a saberlo.

Ultimas palabras, 2

La solemnidad intervenida

De alguna manera, don Joaquín Limonado Olmos de Aguilera olió que había llegado el momento: frente a él cuajaba, nítido, el artículo de la muerte. Don Joaquín estaba preparado; se acomodó un poco, cruzó las manos sobre el pecho, abrió los ojos lo más que pudo, miró alrededor. Estaban todos. Don Joaquín, entonces, dijo 'luz más luz', sabiendo que eran unas últimas palabras estupendas, que todos estaban emocionados. Pero doña Bertita, que no tenía puestos los audífonos, preguntó '¿cómo?, ¿qué dijo?'. Don Joaquín, que había sido siempre tolerante, repitió en voz más alta, claro que con un dejo de impaciencia, 'luz, más luz'. Doña Bertita se puso algo ansiosa. Preguntó '¿cómo, hijo?'. Don Joaquín, que ya no tenía tiempo, dijo 'ándate a la cresta'. Doña Bertita iba a preguntar '¿cómo, hijo?', cuando vio que no sacaba nada.

C. G. V.

(A Carlos González Vargas)

En Chile hay numerosos Carlos González Vargas. Algunos se han ido muriendo y en todo caso absolutamente todos se van a morir, lo que no es óbice para que vayan a seguir naciendo otros Carlos González Vargas. Los Carlos González Vargas nacen en provincia, pero sienten un atractivo irresistible hacia Santiago y en esta ciudad se congregan y, para distinguirse unos de otros, echan mano del ingenioso recurso de ponerse un segundo nombre: por ejemplo, mi amigo Carlos González Vargas se llama oficialmente Carlos Alfonso González Vargas. Otro notable recurso diferenciador son los hipocorísticos: por ejemplo, a Carlos González Vargas le decimos también Carlitos, lo que evita toda posible confusión.

Fue así como, siguiendo su destino, Carlos González Vargas llegó a Santiago procedente de Futrono y enseguida adoptó el nombre oficial de Carlos Raúl González Vargas y años más tarde, al entrar a trabajar en el Liceo de Aplicación, adoptó el hipocorístico de Guatón, para distinguirse del entonces rector don Carlos González Vargas (QEPD), también conocido como don Gonzalito.

Hoy he recibido, desolado, la noticia de que un camión nos atropelló a Carlos González Vargas; termina su carta mi inconsolable amigo Carlos González Vargas diciendo que son muchos los que han perdido para siempre algo de sí mismos.

La hipótesis

La primera formulación sistemática de la Hipótesis se debe a don Abraham Jorquiera Mate de Luna, oriundo de la antigua ciudad de Curimón. Reducida a su mayor simplicidad, la Hipótesis dice así: lo que llamamos muerte no es sino una enfermedad contagiosa cuya causa y agente se desconocen. Así entonces, y a falta de antibióticos apropiados, el secreto de la inmortalidad consiste en evitar las situaciones de contagio. Muy pronto la Hipótesis conquistó vigencia en los círculos alopáticos de San Felipe, que postularon el meticuloso apartamiento de muertos y desahuciados. (En su ortodoxia extrema, este postulado se manifestó en el voluntario confinamiento casi total de muchos alópatas en una chacra de Panquehue). Don Abraham, sin embargo, prosiguió con sus estudios, y en su etapa homeopática, en Los Andes, señaló la posibilidad de integrar el principio fundamental **similia similibus curantur** y la Hipótesis, hecho que generó también una forma de ortodoxia homeopática extrema consistente en la tendencia a un contacto algo promiscuo con muertos y con desahuciados. El lamentable fallecimiento de don Abraham Jorquiera Mate de Luna fue una dura prueba para la Hipótesis, pero señaló al mismo tiempo el comienzo de un promisorio intercambio de puntos de vista entre los alópatas de San Felipe y los homeópatas de Los Andes.

El inmortal

De niño, la gracia de Pedrito Sobarzo Güemes era que cuando las tías le preguntaban qué vas a ser cuando grande, él contestaba sin vacilar 'inmortal'. Ya de grande, en esos papeles donde la gente tiene que escribir PROFESION, él escribía con una seguridad envidiable INMORTAL. Todo el mundo le seguía la corriente, porque en Ancud son muy tolerantes. (Eso sí que le pusieron el sobrenombre de 'El Inmortal', medio para ejercitarse en una antigua tradición motejadora, medio porque no lo tomaban absolutamente para la risa).

Un día, así de repente, Pedro Sobarzo Güemes se fue de Ancud y nunca más se supo de él. Diez años más tarde fue declarado oficialmente muerto presunto, lo que en este mundo de muertos indudables y de vivos que caminamos con decisión hacia la muerte ya es mucho y de algún modo justifica una legítima vocación y un hoy respetuoso sobrenombre.

N. N., heladito ahí en su rincón de morgue, tenía el aire inconfundible del Don Nadie.

Ni tan siquiera la extrema brevedad de la vida

De Robertito Sandoval Atala no se puede afirmar así no más que se murió, porque primero habría que haberse cerciorado de que nació propiamente tal. (Por si acaso, lo bautizaron y luego el mismo cura le hizo un breve funeral para asegurarlo otro poco).

El legado del héroe

A O'Higgins Salazar Godoy se le impuso junto con el bautizo una obligación de grandeza y de ponerse en su lugar. Ya en kindergarten aprendió a evitar las malas compañías y las vulgaridades y enderezó su vida por la espinosa senda de la seriedad. Si alguna rara vez, de grande, algo le pareció gracioso, pidió permiso con una seriedad estupenda y se fue al baño a sonreírse seriamente. La mayoría de las señoras de Peralillo lo usaban como el ejemplo más a la mano de responsabilidad para sus hijos, de sobriedad para sus maridos y amantes, de honestidad para funcionarios públicos. El deceso de don O'Higgins no desdijo de su vida: don O'Higgins se murió en su cama, serio y confesado, de cáncer gástrico. Sólo meses más tarde empezaron a circular, tímidamente, anécdotas y chascarrillos acerca de su persona y a atribuírsele dichos jocosos.

Las leyes de la herencia

Sylvia Zilleruelo Alonso heredó de su papá la vocación por la química y se recibió de farmacéutica a pesar de la sutil oposición de su mamá, de la cual heredó, sin embargo, una modesta suma de dinero que le permitió instalarse en Illapel, donde conoció a Guillermo Julio Carrasco, con el cual se casó y del cual heredó exorbitantes malos ratos, innumerables frustraciones y penosas deudas, lo cual determinó la pérdida de su crédito financiero y posteriormente la pérdida de la consideración de los ciudadanos respetables (que son la mayoría) de Illapel, lo cual la llevó al suicidio, tendencia por cierto heredada de su abuela materna, la cual se había encajado un tiro de escopeta en cierta parte sin que nunca se supiera por qué, aunque no faltó quien hiciera las suposiciones más sórdidas.

Quiasmo

A Walter Pflaumer Loebenfelder le empezó a fallar el hígado en Puerto Varas y, por esas cosas de la vida, terminó de fallarle en Munich, donde se murió añorando el Sur en general y las dulces, esfumadas playas del lago Llanquihue en particular. Debe de haber sido cuestión de familia: a su abuelito le había empezado a fallar el hígado en Ingolstadt y terminó de fallarle en Petrohué, donde se murió añorando Bavaria en general y las dulces, esfumadas riberas del Danubio en particular.

Enigma

Inolvidable Ester Boccherini Liebermann y Luis Bernardo Matus Awad se casaron para ser muy felices. Lo malo no fue que Ester fuera medio judía y Luis Bernardo fuera medio árabe. Lo malo fue que Ester sufría, al parecer, de ciertas excedencias hormonales y que Luis Bernardo sufría, al parecer, de ciertas insuficiencias hormonales. El problema no es, entonces, que en plena luna de miel hayan amanecido los dos muertos; el problema es quién envenenó a quién para liberarse de sus excedencias o insuficiencias y después se envenenó a sí mismo para liberarse de sus excedencias o insuficiencias.

Edipo

Anseldo Riquelme Felton llegó con el cordón umbilical enroscado tres veces en el cuello, lo que probablemente determinó su palidez crónica y su propensión a toda clase de melancolías. Llegó en Rancagua un 26 de noviembre de 1941 y se nos fue en Punta Arenas un 4 de julio de 1960, mientras cumplía con su servicio militar. Se ahorcó con un cordón umbilical de ballena que le había comprado a una prostituta del puerto.

Tremendismo, I

El tufillo

La primera semana fue crítica. Después del ataque, el doctor Camacho le dijo a doña María Cecilia 'que don Sergio no se me vaya a mover ni para ir al baño o se muere'. Don Sergio S. se quedó inmóvil. A mediados de la segunda semana el corazón empezó a tranquilizarse y empezó a tranquilizar a don Sergio. A principios de la tercera semana don Sergio empezó a sentir una puntada y a partir de la cuarta semana empezó a exhalar un tufillo inquietante, que todos atribuyeron a consecuencias del desaseo. Doña María Cecilia hizo venir personal de la Clínica para que bañara al enfermo. Lo dejaron reluciente y contento. Pero el tufillo persistía. Doña María Cecilia, entonces, reconoció el inquietante olor anexo a la muerte. Pasó una semana llorando a escondidas. Por si acaso, hizo bañar de nuevo a don Sergio. Don Sergio, limpiecito de nuevo, reflexionó así: 'qué cosa, hija, ¿no?. Ningún hediondo se huele'. Doña María Cecilia no dijo nada. A fines de la octava semana don Sergio falleció. Después de los funerales, doña María Cecilia hizo asear la casa y la hizo pintar. La Etelvina le comentó, asombrada, que el tufillo persistía. Doña María Cecilia arregló sus cosas y se echó a la cama. Falleció a la décima semana. El doctor Camacho estaba confuso. Quizás la costumbre, o la puntada, no lo dejaban oler. O tal vez fuera la colonia que insistía en echarle doña María del Rosario.

Tremendismo, II

El pronóstico

En el funeral mismo de don Sergio, la compungida doña María Cecilia se dedicó, entre otras cosas, a recordar algunas de las escenas más notables en el discreto pasado del occiso. Uno de los sucesos que más conmovió el corazón de los oyentes fue la misteriosa anécdota de la gitana de Cartagena. La gitana le había dicho a don Sergio 'aquí veo dos muertes, usted se va a morir dos veces; no lo entiendo'. La compungida viuda acotaba 'miren que morirse dos veces para destrozarme dos veces el corazón; no lo entiendo'. Don Sergio, unos metros más abajo, entendía.

Constancia

Los que apenas una que otra vez nos hemos asomado, re-
luctantes, a oscuras, injustificadas, mínimas borracheras
anónimas, tan torpes que siempre hemos terminado arrepentidos
y reconociéndonos sucios, mediocres y despreciables, debemos
llorar con respeto la lenta muerte de don Enrique Cottereau
Llobet, que durante veinte años bebió todo lo que se puede
beber en Cauquenes y vivió en un estado de grandiosa
intemperancia, demorando cada vaso con plena justificación e
increíble lucidez, sin dar un segundo de descanso a su hígado,
que al final se portó a la altura.

Lógica

Próspero Matamala Matamala se murió, parece, en Cumming con Rosas, tirado ahí en la esquina, solo y seguramente muy triste, una desastrosa noche de invierno. Como no había nacido, según es posible postular, en mejores condiciones, se puede creer que se murió de bronconeumonía y no con las costillas rotas y con el pulmón izquierdo reventado.

La vida

Doña Deidamia Silva Larraguibel se murió a los ochenta y siete años, tan virgen como la solitaria, triste, fría tortuga que por veintidós años habitó el solitario, triste, frío, jardín de Erasmo Escala 2247. Doña Deidamia, cuando en vida hablaba de su muerte, decía con tono convencido 'me iré, pero lo bailado no me lo quita nadie' y luego suspiraba y decía 'es una manera de decir'.

La tortuga pasó al solitario, triste, frío jardín de doña Manuela Rosa Izquierdo Valdebenito, en Rosales 1833, y no se supo de mayores alteraciones en su sistemática vida.

El eslabón perdido

Clódoaldo Huehuentro Vilagrón nunca consideró atentamente la posibilidad de morir. Cuando lo despojaron de su tierra estuvo demasiado ocupado defendiéndose y luego tratando de arreglárselas como se pudiera para pensar en esos detalles. Cuando pasó tres años en la cárcel por robarse una oveja, en vez de dedicarse a tan profunda meditación se dedicó a ponerles media suela y taco a los zapatos de los gendarmes y de los otros reclusos. Cuando en el hospital le diagnosticaron cáncer a la próstata, como no entendió lo que eso significaba, tampoco se detuvo a considerarlo. En conclusión, no es metafórico afirmar que la muerte lo agarró sin aviso y por la espalda, como un eslabón extra de la cadena incomprensible.

AJENOS CEMENTERIOS

Don Joaquín Edwards Bello
Valparaíso

Ejecución

Emilio Dubois o Luis José Brihier, nacido en Etaples, Pas de Calais, Francia, en 1867, escapado de las prisiones tropicales de la Guayana, sucumbió víctima de la manía de apuntar sus gastos y sus entradas. Como en el caso de Landrú, la policía descubrió la pista de sus crímenes en sus propios libros de Debe y Haber. Una madrugada clara, en el patio de la vieja cárcel de Valparaíso, le fusilaron. Ni quiso venda ni pidió perdón. Derecho, terriblemente derecho, arrojó el último puro de su boca para decir a los soldados:

—¡Ejecuten!

Don Joaquín Edwards Bello
Valparaíso

Es de saber que Dubois enfrentó al pelotón vistiendo un chaqué plomo elegantísimo que le había robado a mi tío Víctor Gallardo González, que de joven fue muy vistoso.

Lamento

¡Cuánto, cuánto la quise! Por diez años fue mía;
pero flores tan bellas nunca pueden durar!
Era llena de gracia, como el Ave María;
y a la fuente de gracia de donde procedía
se volvió... como gota que se vuelve a la mar!

Amado Nervo, **Gratia Plena**
Canta: don Pedro Vargas,
Fidel Sepúlveda o cualquier
aficionado respetuoso,
contando a un servidor.

Lápida

César Vallejo ha muerto, le pegaban
todos sin que él les haga nada.
Le daban duro con un palo y duro
también con una soga, son testigos
los días jueves y los huesos húmeros,
la soledad, la lluvia, los caminos,

como uno hubiera querido escribir
de haber sido poeta.

Corona

Sin dar campo el mancebo valeroso
sujetóse la tripa con la mano
y a feroces bocados, ardoroso
arremetía contra Villacano,
el cual, ya menos vivo que animoso,
arremetía contra el araucano,
entregando la vida juntamente
el toqui bravo y capitán valiente.

Don Alonso de Ercilla y Zúñiga
La Araucana

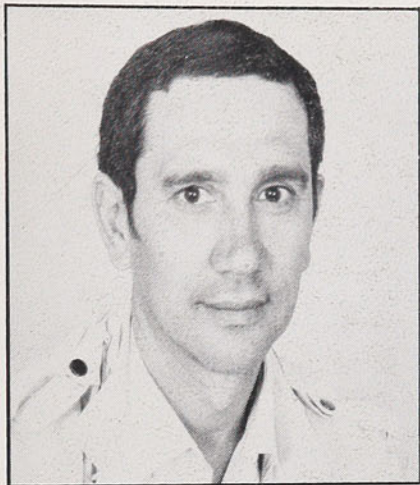
Corona

Por las cosas al contrario, tal vez
hoy, a la hora de la noche,
y de la luna, y de la luna,
y de la luna, y de la luna,
y de la luna, y de la luna,
y de la luna, y de la luna,
y de la luna, y de la luna,
y de la luna, y de la luna,

En la noche de la luna, y de la luna,
y de la luna, y de la luna,



NO SE PUEDE 2 OTRO A UNO



Andrés Gallardo nació en Santiago en 1941. Ha rondado preferentemente en torno a universidades: estudió en la Universidad Católica de Santiago, en la Universidad de Madrid, en la Universidad del Estado de Nueva York. Es profesor de lingüística en la Universidad de Concepción. Su labor de escritor se reparte entre la lingüística y la literatura, por más que

lingüistas y literatos no lo miren con buenos ojos. Entre los trabajos literarios de Gallardo figuran **Historia de la literatura y otros cuentos** (Concepción, Impresos Andalién, 1982), libro del cual se han antologado cuentos en México y en Chile, y la novela **Cátedras Paralelas** (Concepción, Editorial Lar, 1985), bien recibida por la crítica. De inminente aparición es la novela **La nueva provincia**.

Obituario contiene piezas breves escritas en diversas épocas pero que responden a una unidad de concepción y de inquietud provocada por el hecho de que la gente se muere. De ahí su carácter hasta cierto punto lamentable y sin duda ejemplar.

Con la publicación de **Obituario** Ediciones Cuadernos Sur se complace en iniciar su serie Cuadernos de Narrativa.